

Crisis en Pérgamo en el siglo II a. C.

El estudio de los hechos que tuvieron lugar en Asia Menor después de la muerte de Atalo III plantea problemas muy complejos desde el momento en que aspiramos a superar una mera enumeración de acontecimientos (lo cual ya de por sí no es muy sencillo, pues las fuentes son limitadas e imprecisas) e intentamos penetrar en la espesa trama de motivaciones, condicionamientos y concomitancias que se encuentran imbricados en los mismos.

Podemos comenzar presentando un programa de los puntos a tratar: ante todo importa delimitar, aunque haya de hacerse por fuerza de manera muy breve, el contexto socio-económico en que esta problemática se encuentra inserta. En segundo lugar es importante esclarecer la ideología que inspira a Aristónico, marcar sus conexiones con toda una veta, que veremos rica, del pensamiento griego, e intentar evaluar el influjo que en la conformación de la misma pueden haber ejercido tradiciones anatolias; en relación muy directa con ello convendría replantearse el estudio de una figura, la de Blosio de Cumas, cuyos difusos contornos históricos han permitido la aparición de opiniones absolutamente contrapuestas. Y ya, en último lugar, podremos estudiar el alcance de las innovaciones sociales introducidas por Aristónico, relación con el medio socio-económico y la ideología que habremos intentado delimitar en primer término; podremos, sobre todo, ver si Aristónico es simplemente un oportunista, cuyas promesas de reforma social se ven arropadas por una ideología tan demagógica como confusa con el único objeto de acceder al trono, o bien estamos ante uno de los escasísimos casos en la Antigüedad en que un hombre público, en una situación histórica crítica, intenta realizar en la práctica un ideal de tipo igualitario apoyándose en una ideología coherente (aunque quepa, sin duda, abrigar reservas acerca de la sinceridad de sus intenciones últimas).

La situación del reino de Pérgamo en el siglo II la conocemos francamente bien, dentro de las limitaciones que impone el carácter de la documentación, a través de los trabajos clásicos de Cardinali, Rostovtzeff, Hansen, Magie y, de modo muy especial, Broughton; a ellos han de añadirse los más recientes de Vavřínek y Carrata Thomes.¹ El reino de Pérgamo, como casi todos los helenísticos, se caracteriza por un claro divorcio entre las minorías griegas, asentadas fundamentalmente en las ciudades junto con una minoría de nativos integrados, y la gran mayoría de los pobladores autóctonos que practican la agricultura y viven, bien de modo disperso, bien (y quizá sea lo más frecuente) agrupados en pequeñas concentraciones aldeanas; sin olvidar, naturalmente, la presencia en

1. CARDINALI, G., *Il Regno di Pergamo*, Roma, 1906; ROSTOVITZEFF, M., *Historia social y económica del mundo helenístico*, trad. de F. Presedo, Madrid, 1967 (las citas se refieren al volumen 2); HANSEN, E. V., *The Attalids of Pergamon*, 2.ª ed., Ithaca, 1972; MAGIE, D., *Roman Rule in Asia Minor*, Princeton, 1950;

BROUGHTON, T. R. S., *Roman Asia Minor*, en "An economic Survey of ancient Rome", ed. by T. Frank, vol. IV, Baltimore, 1938; VAVRÍNEK, V., *La Révolte d'Aristonicos*, Praga, 1957; CARRATA THOMES, F., *La Rivolta di Aristonico e le origini della provincia romana d'Asia*, Turín, 1968.

las ciudades de buen número de personas del país reducidas a la esclavitud y teniendo siempre presente que pueden haber existido múltiples situaciones singulares. Por otra parte la amplitud geográfica del territorio es, dada la precariedad del sistema de comunicaciones, un nuevo elemento que habría necesariamente de dificultar cualquier eventual intento de integración, sin perder de vista la presencia en el interior del reino de organizaciones tribales reacias no ya sólo a cualquier forma de integración sino incluso de convivencia.²

Si nos fijamos únicamente en la minoría helénica o helenizada nos encontramos, según la opinión común, con una situación de clara dependencia política de Roma, que se acompaña, en ocasiones, con una cierta influencia de Pérgamo sobre las orientaciones de la política oriental romana. Parece claro que dentro de la preocupación romana, en el siglo II, por mantener un equilibrio entre las potencias orientales, el Senado entendió que el mejor sistema de garantizar la seguridad en el Este era el reforzar a sus aliados más fieles: de aquí las grandes ventajas que Pérgamo obtiene en 189, y el hecho de que, después de la guerra de Perseo, el Senado supiese "olvidarse" de las veleidades de Eúmenes II y no penalizase ni territorial ni económicamente a su aliado tradicional. En cambio es muy difícil aceptar, con McShane,³ que desde 188 Pérgamo estuvo en condiciones de seguir una política independiente sin que sus acciones estuviesen sujetas a la aprobación romana.

Una problemática que nos importaría conocer bien para emitir un juicio de valor acerca del papel de la monarquía de Pérgamo es la relativa al carácter de sus relaciones con las ciudades griegas libres de fuera del reino. Rostovtzeff nos presenta a la dinastía atálida como "grandes benefactores de los centros grandes y pequeños de cultura griega", al igual que los demás reyes helenísticos. Ahora bien, este estudioso ha sabido ver con claridad que en ello hay algo más que filantropía o afán de proteger la cultura griega; de un lado "los reyes helenísticos de este período fueron, sin duda, afortunados banqueros, predecesores y, por consiguiente, rivales de los *negotiatores* y *argentarii* romanos", del mismo modo que las grandes cantidades de dinero invertidas en la mejora de Éfeso y Mileto toman en consideración la singular importancia comercial de estos puertos, mucho más adecuados que Elea para el importante intercambio comercial de productos orientales que alcanzaban estas localidades a través del territorio anatólio.⁴ El mismo estudioso subraya cómo "los regalos de los últimos atálidas a Rodas, Cos y Atenas no eran sólo gastos políticos destinados a demostrar el filhelenismo de los donantes, sino que tenían también fines económicos, pensados para mantener buenas relaciones con las principales ciudades comerciales del Egeo".⁵ Con ello superamos interpretaciones ingenuas como la que encontramos en McShane,⁶ para quien las ciudades estado de Asia Menor aceptaron con entusiasmo el liderazgo atálida, y para quien la alianza entre Atalo I y dichas ciudades es comparable a la simmacuía helénica de Antígono Dosón y Arato; más acertada, sobre este punto concreto, es la insistencia de Pédech,⁷ quien reitera "que toda la política exterior de los Atálidas reposa sobre la

2. Sobre ello cfr. en último lugar CARRATA, pp. 7 ss.; opinión en ciertos puntos diferente la de VAVRÍNEK, pp. 5 ss.

3. McSHANE, R. B., *The foreign policy of the Attalids of Pergamun*, Urbana, 1964, pp. 148 ss.; cfr. BRISCOE, J., en *JRS*, 55 (1965), 264-265. Importante ROSTOVITZEFF, p. 880.

4. Cfr. ROSTOVITZEFF, pp. 880-882.

5. Cfr. ROSTOVITZEFF, pp. 881-882.

6. McSHANE, pp. 65 ss.

7. PÉDECH, P., *La politique étrangère des Attalides*, REG, 77 (1964), 553-557, en especial p. 555.

situación geográfica de su reino, en el cruce de los caminos del mundo grecoasiático, entre Macedonia, el imperio seleúcida, las ricas ciudades griegas de Asia y los reinos semibárbaros de la región pónica y de Anatolia. Para mantenerse en medio de estas potencias opuestas hacía falta a los Atálidas tesoros de ingeniosidad diplomática”.

Sin embargo no es suficiente el superar la posición que hemos calificado de ingenua; incluso las realistas precisiones de Rostovtzeff y Pédech no nos llevan al centro de la cuestión. Cardinali⁸ ha mostrado la existencia de una clara degradación en las relaciones entre Pérgamo y ciertas ciudades libres microasiáticas después de la guerra de Antíoco, degradación de relaciones que se extiende también a otras zonas del mundo griego; y una serie de autores, entre ellos últimamente Carrata,⁹ han hecho hincapié en cómo en la base de esta deterioración se encuentran precisamente aquellas ventajas de que antes hablábamos: el reino de Pérgamo es uno de los intermediadores (no el único) en el tráfico entre el mundo griego y el interior asiático, y esta condición privilegiada provoca múltiples resentimientos. Se señala como claro signo de esta situación el que Pérgamo busque la creación de una unión monetaria en su territorio basada en la circulación cerrada del cistoforo; sin embargo es manifiestamente exagerada la afirmación de Carrata¹⁰ de que la economía de mercado del estado pergameno lleva a una completa autarquía económica.

De lo que no hay duda es de que tanto la monarquía como los sectores griegos o helenizados, cuya principal fuente de ingresos es la propiedad inmobiliaria, conocen una gran prosperidad; hace ya varios decenios que se ha visto una prueba definitiva de ello en la capacidad que dichos segmentos de la población testimoniaron a la hora de hacer frente a las exigencias romanas durante y después de la guerra de Aristónico, exigencias cuya considerable envergadura conocemos bien por las inscripciones. Este bienestar, que lógicamente se extiende también a los encargados de la administración, ha impresionado tanto a muchos autores que les ha impedido considerar la suerte de los restantes sectores y dar *ex silentio* al lector la impresión de un reparto generalizado de los medios de subsistencia. Sin embargo nada hay más alejado de la realidad, como inmediatamente vamos a ver. La mayor parte de la tierra cultivable constituye lo que nuestras fuentes llaman *χώρα*, es decir, propiedad estatal; tenemos de otro lado la *χώρα βασιλική*, territorio propiedad del rey y patrimonio de la corona, abarcando ambas categorías la mayor parte del suelo agrícola. Las ciudades, a su vez, disponen de la *χώρα πολιτική*, extensiones rurales probablemente no demasiado extensas (en relación con las anteriores) que circundan a la ciudad. Los personajes u organismos (templos, por ejemplo) que disfrutaban de propiedades agrarias lo hacen normalmente en virtud de donaciones por el rey de porciones de la *χώρα βασιλική* o *πολιτική*. Si bien esta cuestión, aunque siga presentando algunos perfiles difusos, está hoy relativamente clara,¹¹ en cambio dista mucho de resultar el problema del “status” jurídico de los cultivadores de estas tierras. Sabemos con certeza que un porcentaje importante, pero que no es posible evaluar numéricamente, eran esclavos, en su inmensa mayoría asiáticos. Las dificultades se refieren de modo especial a la situación del trabajador

8. CARDINALI, *Il Regno...*, pp. 200 ss.

9. CARRATA, pp. 12-13; para una opinión contraria cfr. VAVŘÍNEK, pp. 2 ss.

10. CARRATA, p. 13.

11. Para todo ello cfr. CARDINALI, *Il Reg-*

no..., pp. 180 ss.; MAGIE, vol. I, pp. 138 ss., vol. II, pp. 1013 ss.; VAVŘÍNEK, pp. 9 ss.; CARRATA, pp. 14 ss.; BRISCOE, J., en *CR* 22 (1972), 132; la discusión se sigue centrando sobre las ideas de ROSTOVITZEFF: cfr. *op. cit.*, pp. 882 ss.

teóricamente libre pero cuya posición real es juzgada por los diversos estudiosos de manera claramente antitética. Para unos se trataría de personas auténticamente libres, aunque de condición económica modesta, mientras que para otros su "status" se aproximaría o entraría decididamente en los límites de la servidumbre. A nuestro juicio tiene mucha razón Finley¹² cuando protesta por la introducción del concepto de siervo en el mundo greco-romano, entendiendo que este término, en vez de clarificar la posición de estas personas, introduce un elemento perturbador, y de la misma opinión es Lotze;¹³ los trabajos de Sventitzkaja,¹⁴ de otro lado, nos hablan de un proceso de deterioración en el "status" de estos agricultores a lo largo de los siglos III y II y, aunque los datos aportados no nos resulten tan convincentes como a Carrata, y se introduzcan prejuicios ideológicos improcedentes, ello es verosímil sobre todo para el siglo II. En efecto, como ha resaltado últimamente Mossé,¹⁵ el descontento social en Pérgamo no es un hecho aislado, sino que se inserta dentro de una larga serie de movimientos reivindicatorios (Andrisco en Macedonia, revueltas de esclavos en Delos, en Laurión, Sicilia, en la Italia meridional) muchos de ellos probablemente agravados por la expansión romana, y que terminan por afectar a esta misma ciudad. Posiblemente la situación ante la que nos encontramos es la de que la mayoría de este campesinado originariamente desahogado se va endeudando de modo paulatino y, junto con la pérdida de sus propiedades, termina personalmente en una de las varias situaciones de *paramone* según definió el término Koschaker¹⁶ en un trabajo bien conocido: el deudor, para saldar los intereses, aporta al prestamista su trabajo realizando los menesteres de un esclavo.

Al mismo tiempo, como ya antes apuntábamos, un importante porcentaje de los trabajadores del campo eran simplemente esclavos y, aunque con una cierta reducción de su carácter excesivamente generalizador, podríamos aceptar la opinión común de que el reino de Pérgamo, durante el último de los Atálidas, estaba cultivado por una mano de obra agrícola esclava o para-esclava, teniendo presente el hecho de que los sentimientos de estos últimos estratos de la población debían de ser particularmente hostiles hacia las minorías griegas o helenizadas. Y, aunque no podamos precisar, tampoco hemos de olvidar el papel que según la mayoría de los estudiosos jugó en este proceso la tasa que ya desde el siglo V (cuanto menos) pagaba el labrador a los poderes urbanos y que durante el período helenístico las viejas y nuevas ciudades recogen en su provecho.

La segunda parte de nuestro programa se refería a la existencia o inexistencia de una ideología coherente que pudiese inspirar la actividad de Aristónico y, caso de tener sobre este punto una opinión afirmativa, estudiar su raigambre, helénica de un lado, anatolia del otro.

Finley¹⁷ ha distinguido entre utopías importantes, dignas de un análisis

12. FINLEY, M. I., *The servile Statuses in ancient Greece*, RIDA, 3^o sér., 7 (1960), 165-189, especialmente, pp. 168 ss.

13. LOTZE, D., ΜΕΤΑΞΥ ΕΛΕΥΘΕΡΩΝ ΚΑΙ ΔΟΥΛΩΝ. *Studien zur Rechtsstellung unfreier Landbevölkerungen in Griechenland bis zum 4 Jahrh. v. Chr.*, Berlín, 1959, especialmente, pp. 1 ss. y 77 s.

14. APUD CARRATA, pp. 20-22, en donde se encontrará también indicación de los resúmenes publicados en la BCO.

15. MOSSÉ, C., *La Tyrannie dans la Grèce antique*, París, 1969, pp. 193-194; cfr. también VAVRÍNEK, pp. 23 ss.

16. KOSCHAKER, P., *Ueber einige griechische Rechtsurkunden aus den östlichen Randgebieten des Hellenismus*, *Abhandlungen Leipzig*, Phil.-hist. Kl. XLII. 1, 1934; también FINLEY, *Servile Statuses...*, p. 178. Para lo que sigue cfr. CARRATA, p. 21 y bibliografía allí citada.

17. FINLEY, M. I., *Utopianism ancient and modern*, en "The critical Spirit. Essays in honor of H. Marcuse", Boston, 1968, pp. 3-20.

histórico, y fantasías exclusivamente personales, que todo lo más merecerían un análisis propio de la psicología individual, y ha encontrado el elemento fundamental diferenciador entre ambas en la presencia en el primer tipo de un elemento de análisis y crítica. Nos indica, además, cómo toda utopía significativa está concebida como una meta que uno puede legítimamente intentar alcanzar, y por ello, con una importante salvedad, separa la Utopía de las concepciones de una edad de Oro situada en un pasado distante. Las Utopías de Evémero y Yambulo, aunque contienen implícita una crítica de la situación social, no serían más que fantasías personales revestidas de una forma comunitaria; fantasías, sin embargo, extendidas entre la mayoría de la población, al igual que las múltiples y divergentes concepciones de una edad de Oro, como lo testifican expresiones populares del tipo "vida bajo Crono" y determinados festivales del tipo de los *Cronia* romanos, en algún momento de los cuales los esclavos se sentaban a la mesa y sus amos les servían. Finley termina su análisis con unas bastante artificiales distinciones entre utopías estáticas y dinámicas: las primeras, dado que la Utopía pertenece al mundo real, no pueden partir de la abundancia natural de bienes que caracteriza a la *Edad de Oro*, y en consecuencia predicen una sociedad estática, con predominio de la austeridad y el ascetismo; las segundas sólo serían posibles a partir de la Revolución industrial; el profesor británico completa su estudio con una contraposición entre utopías jerárquicas (para él prácticamente todas las auténticas utopías del mundo antiguo) y utopías igualitarias. En este último punto, y con referencia a la utopía de Yambulo, nuestro desacuerdo es total: se trata ciertamente de una construcción igualitaria, como lo muestra una simple lectura y, Finley se ha dejado arrastrar en este punto por su deseo de establecer una tajante división entre utopías antiguas y modernas.

Baldry,¹⁸ a su vez, entiende que los tipos Edad de Oro-Jardín del Edén no deben de ser considerados como un todo, pues aunque tienen un elemento común (la lejanía), sin embargo en el primero (tal y como aparece, por ejemplo, en Hesíodo) la lejanía es temporal, mientras que en el segundo (Isla de los Feacios, por ejemplo, en Homero) la lejanía es simplemente geográfica. Pero esto no es más que una puntualización de detalle, y en realidad el esquema de Finley requiere múltiples rectificaciones; la cuestión más dudosa es precisamente la fundamental: la distinción radical que establece el profesor de Cambridge entre utopías significativas, concebidas como meta que cabe legítimamente alcanzar, y utopías que desde ahora vamos a llamar de evasión, entre las que se cuentan las del tipo *Edad de Oro*. Giannini¹⁹ ha sabido ver cómo esta utopía de evasión es la satisfacción de un complejo psicológico natural del hombre, y es la manifestación, a nivel más elemental, pero genuino, de la misma instancia que mueve la actividad del utopista constructivo; la primera es, en definitiva, una anticipación no reflexiva de la segunda. Ya es significativo, según el mismo autor, el que el mito de la *Edad de Oro* no aparezca en Homero, sino en Hesíodo por primera vez, el que haya una reviviscencia en el siglo VI bajo Pisístrato, y el que el primer autor que recoge después el mito (en la medida en que el estado fragmentario de la documentación nos permite afirmarlo) sea un hombre de tendencias democráticas como Empédocles. Por ello el mito de la *Edad de Oro*

18. BALDRY, H. C., *Ancient Utopias*, An inaugural Lecture, Southampton, 1956, pp. 5 ss.

19. GIANNINI, A., *Mito e Utopia nella lette-*

ratura greca prima di Platone, RIL, 101 (1967) 101-132, especialmente 102 ss.; este artículo es importante para todo lo que sigue.

no es, en palabras de Giannini,²⁰ una simple ficción poética, sino que hay aquí proyecciones de esperanzas palingenésicas nacidas de impulsos fundamentales de la espiritualidad humana. En este sentido constituye la más antigua de las utopías y también la más genuina; si la utopía en muchas ocasiones ha de ser entendida como expresión de una frustración, esto vale tanto más para el mito que consideramos, en el que el creador de la utopía es el pueblo anónimo.

El contenido de esta utopía se articula esencialmente sobre dos ejes: desaparición del esfuerzo físico y existencia de un clima de hermandad universal en el que no existen el amo y el esclavo y, como segunda característica íntimamente ligada con la primera, la *κοινωνία* en el campo de la fortuna y de las relaciones entre hombre y mujer. Por otra parte no es correcta la afirmación de que en la cultura griega no se encuentran posibilidades de relación entre la *Edad de Oro* y la capacidad humana de disfrutarla, al menos después de la muerte, pues el mito de las Islas de los Bienaventurados, aparte de haber sido aceptado por autores de tendencias aristocráticas en contextos y con finalidades bien conocidas, fue utilizado también por poetas populistas como una meta que el desheredado puede intentar alcanzar en la vida futura. El testimonio más importante en este sentido está constituido por los escasos fragmentos que han llegado hasta nosotros de la comedia "Los Mineros" de Ferécates. En ella el Hades aparece presentado como un lugar maravilloso, una auténtica contraimagen utópica de la sórdida vida cotidiana (observemos de pasada que no es ésta la primera ocasión en que las Islas de los Bienaventurados son localizadas en el Hades); una mujer cuenta sus asombrosas experiencias a sus compañeras después de una catabasis que la ha llevado a aquel lugar a través de las galerías de las minas de Laurión. El coro estaba muy probablemente constituido por trabajadores esclavos de las minas, y no hace falta recordar lo que al respecto nos dicen diversos autores antiguos.

El decir, por último y como ya apuntábamos, que en el mundo greco-romano todas las auténticas utopías son de carácter jerárquico sólo es posible si prescindimos también de figuras tan significativas, en pleno siglo v, como un Faleas de Calcedonia. Baldry²¹ ha sabido ver bien cómo el asentamiento en el siglo v de una nueva confianza en el poder del propio intelecto del hombre para adquirir conocimiento y servir de motor de progreso introduce en la mayoría de las utopías posteriores un elemento de abstracción y de universalidad.

Con ello llegamos a la tan discutida *Πολιτεία* de Zenón (y a su eventual predecesora, la homónima obra de Diógenes), tema al que en otra ocasión hemos dedicado un estudio completo y sobre el que no volveremos en detalle; baste con recordar que sus características fundamentales son el propugnar la *κοινωνία* de la fortuna y de las relaciones entre hombre y mujer, la igualdad de todos los ciudadanos y el que éstos lo sean la totalidad del género humano con una restricción exclusivamente intelectual. Nada hay en todo ello, creemos haber mostrado, que no se inserte dentro de una tradición específicamente griega y no sea plenamente coherente con el conjunto doctrinal sostenido por el fundador del Pórtico. Tampoco es inverosímil (aunque sí ciertamente indemostrable) el que sobre la obra que comentamos hayan influido todas estas corrientes igualitarias representadas tanto por utopías "stricto sensu" como por lo que hemos aceptado llamar "utopías de evasión".

20. GIANNINI, pp. 107-8; para las cuestiones siguientes, ausencia de esfuerzo físico, *Edad de*

Oro, comedia de Ferécates, cfr. GIANNINI, páginas 109 ss.

21. BALDRY, pp. 12 s.

En el libro II de la magna compilación de Diodoro, capítulo 60 y ss. se encuentra la descripción de unas maravillosas islas, descripción que se atribuye a un cierto Yambulo, mercader árabe; como muchas veces se ha recordado, durante el Renacimiento se publicaron múltiples ediciones y traducciones de este pasaje, que inspiró parcialmente la *Utopía* de Thomas More y la *Ciudad del Sol* de Campanella. La mayor parte de la narración está ocupada por la exposición de detalles anecdóticos y sorprendentes: los árboles producen frutos a lo largo de todo el año, existen voluminosas serpientes que son comestibles, los habitantes poseen dos lenguas y, en consecuencia, pueden mantener dos conversaciones simultáneamente, al llegar a una determinada y longeva edad común para todos mueren voluntaria y suavemente. Pero no es esto lo que nos importa, sino la organización social de la vida en común, y aquí sí que encontramos datos realmente sugestivos. Se trata de siete islas consagradas al sol cuya forma circular comparten, y por ello sus habitantes son llamados Heliopolitas; el sol asegura una absoluta igualdad climática por estar situadas las islas en una situación geográfica privilegiada; gracias a medidas eugenésicas e higiénicas rigurosas, los ciudadanos poseen una constitución física idéntica, y su formación es también igual por existir una rotación de todos los individuos en el desempeño de las distintas actividades; no hay ni que decir que existe *κοινωνία* tanto en el disfrute de la fortuna como en las relaciones entre hombre y mujer. Y, aquí tenemos el punto más importante, como resultado de esta organización la esclavitud es completamente desconocida y no existe ningún tipo de agrupación de los ciudadanos en grupos.²²

Es cierto que en este conocidísimo texto nos encontramos con una solución del problema de la subsistencia (su abundancia natural) que le empareja, a este respecto, con las que hemos venido llamando "utopías de evasión", mientras que en la *Πολιτεία* de Zenón el problema se resolvería, probablemente, mediante la insistencia en la austeridad. Pero no es menos cierto que en esta descripción nos encontramos manifiestamente con una coincidencia muy profunda con las estructuras fundamentales de la *Politeia* zenoniana; sin embargo la tendencia actual, que encontramos representada sobre todo en los escritos del americano Africa,²³ es la de minimizar estas coincidencias, acumulando ironías a partir de la parte exótica del relato y no valorando, ya con mayor seriedad, la existencia de tradición helénica para la conexión entre el Sol y la justicia. Sin embargo esta tradición existe, y no deja de sorprender el que tanto el profesor de California como los restantes demoleedores de la conexión entre la utopía de Yambulo y la ideología del estoicismo primitivo hayan tratado ligeramente las páginas fundamentales de Bidez al respecto; en efecto, si es muy difícil estar de acuerdo con este último en su verdadera obsesión por interpretar el estoicismo zenoniano a partir de influencias orientales, no es menos verdad que ha mostrado de una manera manifiesta la conexión a que antes nos referíamos: así, por citar sólo el pasaje capital, Cleantes hace al Sol la inteligencia directriz y el corazón del mundo. Por otra parte, cuando se procede a un nuevo reparto de tierras u otro

22. Para toda esta cuestión es fundamental BIDEZ, J., *La Cité du Monde et la Cité du Soleil chez les Stoïciens*, Académie royale de Belgique, *Bulletin de la classe des Lettres*, Sér. 8, 18 (1932), 280-283; también BALDRY, pp. 20-21; AFRICA, T. W., Aristonicus, Blossius and the City of the Sun, *International Re-*

view of social history, 6 (1961), 119-120; MOSÉ, C., *Les Utopies égalitaires à l'époque hellénistique*, RH, 1969, pp. 297-308.

23. Sobre todo el trabajo citado en nota anterior. El artículo completo ocupa las pp. 100-124.

tipo de riquezas, es precisamente el Sol quien aparece invocado, y el propio Africa tiene que reconocer que en Delfos Apolo era el protector del esclavo liberado, quien garantizaba los límites de su estado. En estos ejemplos, y en la argumentación expuesta a este respecto por Bidez, aparece clara la tradición griega de la relación entre el Sol y la justicia, por un lado, y, más en concreto, la recepción de esta tradición en la primera Estoa, que la acepta dándole un lugar sugestivo en su teoría ético-política. De lo que no hay duda, por otro lado, y en ello estamos de acuerdo con Africa, es de que esta conexión era particularmente antigua y fuerte en Asia Menor y Siria, y todos estamos de acuerdo en que este hecho puede haber provocado la existencia de esperanzas mesiánicas comparables a los movimientos milenaristas de la Europa medieval.

Y con lo dicho creemos estar ya en condiciones de hablar de Aristónico y de intentar puntualizar el alcance de sus reformas. La figura de Átalo III es una de las más desconcertantes que nos encontramos en el período helenístico, de las más enigmáticas al mismo tiempo, y las incertidumbres comienzan con su nacimiento mismo, pues no sabemos si era hijo de Eumenes II o de Átalo II; una vez en el trono, según una tradición unánimemente hostil, practica todo tipo de extravagancias y crueldades que se proyectan incluso sobre su propio círculo familiar; obsesionado por el temor a ser envenenado se dedica al estudio de las plantas venenosas en busca de antídotos, ampliando su afición por la botánica al estudio de la farmacopea y realizando con los condenados a muerte una serie de experiencias que llegan a producir, entre otros resultados, un fármaco contra algunas afecciones del estómago utilizado aún en el siglo II d. C. y mencionado por un especialista de tanta autoridad como Galeno. Muy fuerte era, al parecer, su amor por su madre, pues, si hacemos caso de Justino, esta pasión fue lo que ocasionó su muerte: con ocasión de inaugurar un monumento funerario en su memoria se expuso en exceso a los rayos del sol, sufrió fuertes fiebres que hemos de atribuir a una insolación, y murió dejando un testamento en el que nombraba al pueblo romano heredero de sus bienes.²⁴ Si, sobre el paralelo del legado de Ptolomeo de Cirene, consideramos verosímil la presencia en el testamento de Átalo de una cláusula en virtud de la cual el pueblo romano sería considerado heredero en ausencia de hijos del rey, sería razonable el suponer que el objetivo fundamental del tan mencionado testamento era apartar a Aristónico del poder y, en este caso, no podría haber ninguna otra razón para esta actitud que el que, ya en vida de Átalo III, Aristónico fuese un personaje socialmente sospechoso.²⁵

El hecho es que, cuando a principios de 133 muere el Rey su última voluntad es llevada a Roma por dignatarios de Pérgamo, uno de ellos al menos vinculado, como hoy sabemos seguro, a la *gens Sempronia* por lazos de clientela, y en 132 una comisión senatorial presidida por Escipión Nasica, responsable más inmediato de la muerte próxima de Tiberio Graco, parte a hacerse cargo del legado. Inmediatamente después de conocerse la muerte de Átalo, Aristónico plantea sus reivindicaciones al trono real; la interpretación más generalizada es la de que en estos primeros momentos el pretendiente se presenta como el director de la resistencia nacional contra el imperialismo romano, sin plantear

24. Para todas estas cuestiones es capital CARDINALI, G., *La Morte di Atalo III e la rivolta di Aristonico*, en "Saggi di Storia antica e di archeologia offerti a G. Beloch", Roma, 1910, pp. 269-272, a quien seguimos muy de cerca.

25. Cf. la obra fundamental de WILL, E., *Histoire politique du monde hellénistique*, vol. II, Nancy, 1967, pp. 351-2, y bibliografía allí citada; sobre la datación de la inscripción OGIS 338 cf. Carrata p. 38 con notas, 37, 38, y 39.

ningún programa de reforma social, y que por ello consigue el apoyo mayoritario de la población de buen número de ciudades e intentos minoritarios en otras de colocar la polis en su bando. Pero es evidente que la famosa inscripción OGIS 338, que ha ser fechada entre la primavera y Julio de 133, contiene una serie de medidas que sólo pueden ser explicadas como respuesta a una situación social explosiva que, razonablemente, sólo puede ser identificada con el movimiento dirigido por Aristónico, a menos que recurramos a la interpretación absolutamente antieconómica de suponer una primera sublevación "natural" de la que sólo meses más tarde habría aspirado a lucrarse el pretendiente. No hay duda de que los esclavos debían de constituir en Pérgamo, en aquellos momentos, una grave amenaza; con razón ha dicho Mossé²⁶ que el decreto promulgado por el demos estaba destinado tanto a frenar la extensión de la revuelta como a proporcionar a la ciudad hombres capaces de defenderla, y que las medidas tomadas son excepcionales, testificando la importancia y gravedad del peligro. Recordemos, además, que la existencia en Pérgamo de dicha situación no tiene nada de singular sino que, como múltiples autores nos recuerdan, se sitúa en el contexto general de rebeliones similares en el área del Mediterráneo durante los mismos años o los mismos decenios.

No es nuestra intención el narrar aquí en detalle el curso de la guerra sino que nos conformaremos con lo más importante. Aristónico logra, en un principio, apoderarse de una parte de la flota real y ocupar Elea y Éfeso; pero, hecho enormemente significativo y cuya importancia no se puede ocultar, parece que sólo localidades de tan segundo orden como Cime y Focea aceptaron la invitación del pretendiente,²⁷ y seguramente sus efectivos navales no debían de ser muy importantes cuando simplemente la flota efesia fue capaz de derrotarlos ante Cime. En estos momentos debe de llegar a Asia la comisión senatorial, que encarga de la solución del conflicto a los reyes del Ponto, Bitinia, Capadocia y Paflagonia, pues el senado no envía tropas hasta el 131, probablemente, como ha sugerido Cardinali, por encontrarse hasta entonces obsesivamente preocupados por la sublevación de los esclavos en Sicilia. Se encarga, luego, de dirigir la expedición el cónsul Publio Licinio Craso, y su derrota constituye el mayor triunfo de Aristónico; podemos estar casi seguros de que se equivoca Africa cuando sitúa esta victoria antes de la derrota naval de Cime, pero el hecho de que tal opinión haya podido ser emitida nos muestra hasta qué punto es difícil el establecer la cronología relativa de estos acontecimientos. De todos modos lo más probable es que, cuando el cónsul llega a Asia, Aristónico haya concentrado su actividad en el interior microasiático, estableciendo su reino heliopolitano en la región del Alto Caico, como lo muestra el hecho de que las emisiones monetarias recuperadas procedan de Tiatora, Apolonia y Estratonicea del Caico; más aún, dado que dichas emisiones monetarias remontan al 133, hemos de pensar que éste debió de ser desde el principio el núcleo principal del apoyo de que disfrutó Aristónico, y que su aventura naval no fue más que una peripecia sin mayor importancia. Que el núcleo de los combatientes del lado de Aristónico estaba formado por esclavos y por diversas categorías de desposeídos es algo de lo que nuestras fuentes no dejan el menor lugar a dudas, siendo significativo el papel que juegan, en concreto, los tracios y los misios. Evidentemente, como en tantas otras ocasiones en la historia, la guerra social

26. Mossé, *La Tyrannie...*, p. 198.

27. ROSTOVITZEFF, pp. 884-5 y notas 78, 79 y 80.

es también en parte considerable, aunque no exclusivamente, lucha entre las poblaciones autóctonas del país y las minorías que, en la mayor parte rural del mismo, son vistas como extranjeras.²⁸

Nos quedan todavía por ver, para completar nuestro estudio, los aspectos ideológicos de la revuelta, para lo que hemos de partir de un texto fundamental de Estrabón (XIV, 1.38); se nos dice en él que Aristónico εἰς δὲ τὴν μεσόγαιαν ἀνίων ἤθροισε διὰ ταχέων πλῆθος ἀπόρων τε ἀνθρώπων καὶ δούλων ἐπ' ἐλευθερίας κατακεκλημένον οὓς Ἡλιοπολίτας ἐκάλεσε.

Es verdad que a partir de este texto se han construido elucubraciones ingenuamente "progresistas", y hemos de reconocer la razón que asiste a Finley²⁹ en su crítica negativa, al protestar contra la falacia intelectualista de buscar algún libro concreto detrás de toda idea o acción popular; pero, naturalmente, el problema no se agota aquí, pues nosotros no pensamos que la Utopía de Yambulo o cualquier otra similar fuese el libro de consulta de Aristónico del que éste derivase toda su orientación ideológica. Lo que es evidente es que el término Ἡλιοπολίται está en el texto, y poco valen los intentos de minimizar esta presencia: menos que ninguno el argumento cuantitativo, el decir que se trata tan sólo de una única cita, pues no estará de más el recordar que nuestra información respecto a todo el movimiento dirigido por Aristónico es escasísima, sobre todo la procedente de fuentes literarias. Los hechos, reducidos a la más desnuda objetividad, son: Aristónico dirige un movimiento de esclavos y personas sin medios, a los que ha llamado a la libertad, y les aplica el nombre de ciudadanos de Heliópolis; ante ello, si se desea sostener la tesis de que dicho movimiento no comportaba sustrato ideológico alguno, la única solución racional sería el decir que este nombre fue elegido por pura casualidad, exactamente igual que podía haberlo sido cualquier otro. Porque desde el momento en que se busque cualquier significación en el uso de este término concreto, hay que pensar por necesidad no concretamente en la Utopía de Yambulo, sino en toda una larga serie de textos similares de los que sólo el mencionado ha llegado hasta nosotros con una cierta amplitud, y, en último término, en la tradición helénica que pone en relación el Sol con la justicia y el igualitarismo y que hace que Apolo presida las manumisiones; tradición griega que hemos visto recoge y asume el estoicismo primitivo.

Naturalmente que no olvidamos que el concepto de la ciudad del sol se inserta también (e insistimos en el también) en la tradición anatolia del culto del dios solar,³⁰ pero es muy significativo el hecho de que los que quieren ver aquí la única justificación de la Heliópolis de Aristónico tengan que rechazar, sin argumentos de ninguna clase, el carácter igualitario de la Politeia de Zenón y todas las conexiones que nos hemos esforzado en señalar. Pero es que, además, hay otro hecho, perfectamente documentado y no producto de cualquier tipo de conjetura: al lado de Aristónico se encuentra un filósofo estoico, Bloisio de Cumas, famoso en la Antigüedad por haber sido "no el compañero sino el incitador", según las bien conocidas palabras de Cicerón, de las actividades reformistas de Tiberio Sempronio Graco, y por su firmísima actitud ante un comité de investigación senatorial después de la muerte del tribuno. Bloisio se

28. CARDINALI, *La Morte...*, pp. 299 ss., AFRICA, pp. 111 ss.; CARRATA, pp. 43 ss., WILL, pp. 352 ss., sobre todo 355-6. Muy importante ROBERT, L., *Villes d'Asie Mineure*, 2.^a ed., París, 1962, pp. 264 ss.

29. FINLEY, *Utopianism...*, pp. 5 ss.
30. Cf., entre otros, AFRICA, pp. 120 ss.; MOSSÉ, *Les Utopies...*, p. 300.

encuentra con Aristónico como mínimo desde el 132, y se suicida cuando éste es capturado;³¹ es imposible no pensar en el paralelo con la presencia de otro filósofo estoico, Esfero, en la Esparta de Cleómenes III como inspirador de su actividad reformadora, y no pensar también en una común dependencia de la obra del fundador de la Estoa. Recurrir, como lo ha hecho Dudley,³² a explicar la conducta de Blossio no como producto de su estoicismo, sino en razón de unos supuestos antecedentes familiares de oposición a Roma en defensa de los intereses de Campania, es un subterfugio que no explica su presencia al lado de Tiberio, pero mucho menos su llegada al reino heliopolitano de Aristónico; en realidad los autores minimalistas dedican las menos palabras posibles a esta cuestión, que muchos ni siquiera citan. Y hablar, como Dumont,³³ de que esta Heliópolis sería para Aristónico un medio de concentrar, una vez ganado el trono, a unos esclavos de los que no sabría como librarse, representa, aparte de una conjetura sorprendentemente fantástica, una clara violación de la gramática del texto griego de Estrabón.

A nuestro juicio la única interpretación que puede dar cuenta suficiente de los hechos que nos hemos esforzado en presentar objetivamente, si logramos prescindir de prejuicios teóricos y de ingenuas e inoportunas comparaciones con fenómenos posteriores al mundo antiguo es la de que Aristónico no es, para volver a nuestras palabras iniciales, un oportunista, cuyas promesas de reforma social se ven arrojadas por una ideología confusa con el único objeto de acceder al poder, sino que estamos ante uno de los escasísimos casos en la Antigüedad en que un hombre público logra realizar en la práctica, durante un corto período de tiempo, un ideal de tipo igualitario inspirándose en una ideología universalista.

J. LENS

31. AFRICA, pp. 118-9 y también 115.

33. DUMONT, J.-C., *A propos d'Aristonicos*,

32. DUDLEY, D. R., *Blossius of Cumae*, *Eirené* 5 (1966) 129 ss.
JRS, 31 (1941) 94 ss.